

El ojo en la aguja

Consuelo Triviño

Biblioteca Babab
www.babab.com/biblioteca

Noviembre 2000

ISBN: 84-931675-5-X
Copyright © 2000 Mañana Es Arte A.C
Copyright © 2000 Consuelo Triviño

"Como lo dije, en este suceso no había nada de extraordinario; en el transcurso de una larga vida se ven muchas cosas que, tomadas aisladamente y miradas con ojos infantiles, serían aún más extraordinarias. Además, el caso podría presentarse de otra forma, como todo."

Franz Kafka
Investigaciones de un perro

SOLO PARA HOMBRES

Cuando pusieron el “Apolo” en frente de la Iglesia de la Capuchina, pe n sé que no me iban a dejar entrar. Pero uno de los muchachos que trabajaba allí era vecino mío y me permitía entrar como invitada suya. Me gustaba ese sitio pulcro, discretamente iluminado por lámparas en las esquinas y velas en el ce ntro de las mesas. Al entrar una tropezaba con la escultura del dios Apolo en mármol blanco. Los hombres llegaban con sus camisas impecables y sus pa n talones de buen corte. Iban tan bien vestidos, que una se imaginaba verlos el e gir su ropa y ensayar combinaciones. El sitio era un templo de la estética con sus columnas griegas, soportando el arco de la entrada, al fondo del pasillo, y la hiedra artificial enredándose arriba.

Los muchachos iban en grupos de a tres, a veces acompañados de un s e ñor mayor con clavel en la solapa y bastón, disfrazado como los *dandys* del siglo XIX. Los más cultos conocían a Oscar Wilde cuyos epigramas arrojaban sobre los muchachos como pétalos de rosas. Los menos cultos se camuflaban bajo las colonias para no dar a conocer su ordinariez en un ambiente tan sofisticado, supuestamente abierto a un público compuesto por intelectuales y hombres de mundo. Mi vecino me contó que el dueño conocía a la *jet set* y que el estilo del bar era una copia de uno de Londres que se llamaba “Adrian”. El dueño que disimulaba sus rasgos nativos con fijador, se llamaba Abilio y miraba por encima del hombro a los que no eran rubios como Wilson, mi vecino. A mí, por supuesto me miraba con un aire de suficiencia porque le resultaba muy oscura de piel. Wilson le hacía creer que éramos novios y por eso me toleraba, pero de vez en cuando me soltaba alguna indirecta, que por qué no explotaba la parte exótica de mi físico, que esas ropas no me ayudaban, pero yo no le hacía caso. A pesar de lo impotable que era Abilio, yo iba casi todos las noches a eso de las ocho. Al llegar a mi habitación después del trabajo, me arreglaba como para una fiesta y me iba a ese lugar iluminado por la belleza de tantos muchachos a qui e nes yo no les importaba. Ellos sólo querían conseguirse un viejo rico para que les financiara sus gustos caros y les pagara los estudios en alguna universidad. Wilson tenía un amigo al que su amante le pagaba la carrera de arquitectura en los Andes y además le compraba ropa de marca. Vivía con él en un apart a miento de Chapinero y a través suyo conocía un montón de gente influyente. Decía que nadie se alcanzaba a imaginar la cantidad de personajes que pert en e cían a ese ambiente *gay* y no acababa de contar las cosas exóticas que les gust a ban a esos señores.

Los lunes que estaba cerrado el “Apolo”, yo me ponía muy nerviosa. Llegaba a la pieza que tenía en arriendo en el centro, cerca de allí y me desesp e

raba de sólo pensar en lo que me rodeaba en esa casa. En la habitación tenía una luz mortecina que no me dejaba leer. Para hacerlo a mis anchas, sin que me recordaran el precio del recibo, tenía que hacerlo los fines de semana con la luz que me entraba por una ventana y que daba a un patio interior. La familia era lo más mezquino que había visto en mi vida. Escondían el pan y la leche, como si yo me los fuera a comer, pero en cambio me asaltaban mis provisiones. Creo que era el hijo mayor, un muchacho de unos trece años atarbán y muerto de hambre. Pero la mamá se hacía la que no sabía y empezaba a echar indirectas, que ellos eran gente muy honrada, que nunca se les enredaba ni un dulce, nada que fuera ajeno. Sólo por no verlos, huía de ellos todas las noches, aunque pensaran que yo en realidad era una putica que me iba a hacer la calle, porque ¿cómo iba a ser que una señorita decente no parara en su casa ni una noche? Yo sabía muy bien que para comer necesitaban lo que les pagaba por la pieza. Y como era cumplida y respetuosa, me preferían, pero en el fondo me odiaban porque no les contaba a qué me dedicaba por las noches, desde las nueve hasta las doce más o menos, que era cuando mi vecino acababa su turno y me acompañaba hasta la puerta de la casa.

Poco a poco me convertí en parte del decorado del “Apolo”. Desde la barra veía a entrar a los hombres y reconocía a los clientes fijos. Los que llegaban por primera vez, estiraban el cuello como pavos, cambiaban el caminado, miraban de un lado a otro, antes de vislumbrar el portentoso salón con sus columnas y sus mesas colocadas en las esquinas. Al fondo había una pista de baile donde los hombres bailaban abrazados sin mirarse entre sí, sino más bien a los otros. Los amigos de Wilson que me conocían, algunas veces me sacaban a bailar. Creo que se daban importancia jugando conmigo. No sé qué era lo que me gustaba de ese ambiente. Tal vez las miradas entre ellos y la sensación de que mi mirada dominaba el entorno. Es cierto que de vez en cuando se volvían hacia mí con curiosidad, pero reclamando mi mirada y yo tan estúpida pensaba que eso me daba un poder especial.

Antes de mis visitas al “Apolo”, yo pensaba que mi vida era una porquería. Huí de la casa porque no me dejaban respirar y me vine para Bogotá donde una amiga, una antigua compañera del colegio. Pero tuve muchos problemas con ella y desaparecí un día sin decirle adiós. Por recomendación de un tío, conseguí un trabajo en un almacén donde llevaba la contabilidad, bajo la promesa de que iba a estudiar por la noche. Pero yo no quería ir a la universidad a perder el tiempo escuchando las tonterías que dicen los profesores. Quería ser libre para leer y hacer lo que me daba la gana. Lo que me daba la gana no lo tenía muy claro. Tal vez, lo que me motivaba era hacer lo contrario de lo que los demás esperaban de mí.

Cuando Wilson me invitó a la inauguración del bar, se iluminó una luz en mi interior y me dije, quiero aprovechar la noche, no puedo perderla durmiendo

do. Había tanta energía, tanta fuerza vital en la búsqueda de cada cual y tal ansiedad, que mi espíritu abatido por la desolación, despertaba. En esa época yo no me había enamorado de nadie, ahora tampoco, aunque me pregunto si eso sería posible después de todo lo ocurrido. Y es que aún en aquella época yo estaba muy alejada de ese sentimiento. Más bien me complacía ver a los muchachos diciéndose secretos y exhibiéndose. En el “Apolo”, todo el mundo miraba a todo el mundo desde que se pasaba por debajo del arco. Los hombres mayores estudiaban minuciosamente las facciones de los muchachos y los comparaban con protagonistas de las películas o con los héroes de la antigüedad clásica. El coqueteo entre ellos era tan sutil como una tarjeta deslizándose hacia una mano metida en un bolsillo.

Wilson llevaba una esclava con su nombre grabado, regalo de un cliente. Yo que casi siempre estaba enfrente de él, nunca supe cuando se la regaló.

Wilson me trataba con tanta dulzura y me daba tanta confianza, que empecé a ir al “Apolo”, más por su compañía que por la iluminación de la escena, el olor de las colonias y la vista de tantos hombres vestidos para seducirse unos a otros. Como le decía, yo vivía en una pieza en una casa horrible, pero me gastaba el sueldo en ropa buena. Eso sí, antes de irme al bar me perfumaba con *Chanel 5* y me alborotaba el pelo. Mi pelo era negro, rizado y tan largo que me llegaba a la cintura, pero se me enroscaba y parecía más corto. Algunos hombres se acercaban y me decían que tenía un pelo precioso. Así empecé a hacer amigos. Ellos me contaban sus secretos, sus líos, sus traiciones, sus frustraciones, pero jamás me preguntaban cosas de mi vida. Wilson les decía que yo no hacía más que leer como un ratón de biblioteca, por eso me tenían por sabia y solían preguntarme por poetas, para después impresionar en sus conversaciones.

Más de una vez algún cliente me dejó en su carro al frente de la casa, incluso una noche me mandaron con chofer en un despampanante *Mercedes*. La dueña de la casa que tal vez no dormía acosada por sus malos pensamientos, se dio cuenta de eso y por la mañana cuando me levanté, me estaba esperando en la cocina para averiguar los detalles. Que hay algunas a las que les va bien en la vida porque tiran para lo alto, y yo como si no la escuchara, preparando mi café y poniendo a freír un huevo para disfrutar mi desayuno del sábado, leyendo el periódico, y ella, que la vecina se consiguió un viejo lleno de plata y ahora ya ni saluda cuando va a visitar a la mamá, la pobre viejita casi descalza y la hija forrándose en oro, porque dicen que es esmeraldero y yo, sí señora, hay que ver y ella, anoche sentí que paraba un carro a eso de las doce de la noche y yo, pues no me di cuenta porque mi ventana, como usted sabe, da a un patio interior y la víbora, mordiéndose la lengua y controlando las ganas de estrangularme. Oírla me recordaba algunos personajes de Roberto Arlt y me ponía a pensar en una

venganza horrible, en algo que la reventara por dentro y le sacara la pus que tenía en el alma.

Nada de lo que me dijeran alteraba mis hábitos de vida en aquella casa. Estaba dispuesta a seguir así hasta que me aburriera de ese trabajo y me animara a emprender un viaje, muy lejos de ese ambiente, a un sitio donde las personas me dejaran vivir en paz. Creo que me gustaba ir al “Apolo” porque yo no era un objeto deseable. No me refiero a ser una diva, ya que, como usted ve, no soy una belleza, me refiero a la voracidad de la gente, a querer acabar con toda persona que no se somete a sus normas, a ese salvajismo de los vulgares que no son capaces de aceptar a alguien diferente.

Seguí yendo al “Apolo” por las noches a tomarme un vodka con jugo de naranja y a escuchar las confidencias de los clientes, mientras Wilson acababa su turno. Pero un día lo noté raro. Me pareció que no quería que le hiciera conversación. Miraba hacia el arco con ansiedad y me sonreía desde una distancia desconcertante para mí. Yo me fui a la pista de baile. Recuerdo que cantaba “La pequeña compañía” con su música almibarada que ponía los corazones como flanes y todos se relajaban. Un muchacho se me acercó con tanta delicadeza que me encandiló. Me había tomado dos vodkas que me pusieron entre mareada y risueña. Era alto, rubio, de una piel amarfilada y de ojos tan azules que parecían de extraterrestre. Por un momento se me atravesó una nube negra, pero no le hice caso. Los hombres que se me habían acercado eran demasiado humanos y muy parecidos a mí en su forma de sentir, aunque había en ellos una superficialidad que me hacía pensar en esa amiga frívola de toleramos porque tiene un fondo bueno.

No le he contado que al cabo del tiempo empezaron a llegar mujeres, pero acompañando a grupos de hombres mayores. Wilson me mostró a una que era directora de una galería y que estaba loca por un muchacho que la explotaba y se aprovechaba de ella lo que podía. Era una mujer mayor de aspecto más bien grotesco a la que nunca quise acercarme por temor a ser descalificada. El “Apolo” se empezó a llenar de una clientela muy exclusiva que exigía de todo y había que facilitárselo. Naturalmente se vendía *perico*, como en los sitios de ambiente. Las gentes se enloquecían y les daba por hacerse los héroes. Me gustaba ver la ebriedad en sus ojos, la energía de los cuerpos entregados a la música, sus deseos de estallar y de sentirse en los de los otros en un frenesí, entre la ferocidad y la ternura. La vida de la noche era mucho más intensa y esto me hacía odiar mis tristes y sórdidos días, desde que me levantaba y tenía que entrar en el cuarto de baño que compartía con la familia, hasta el oscuro rincón del almacén donde hacía las cuentas del día, después de vigilar los pedidos que llegaban. Era una tienda de electrodomésticos donde también se vendían implementos de cocina, pero hubiera sido lo mismo de ropa o de comida. Un sitio donde se venden mercancías siempre me ha parecido vulgar.

Aquella noche se me olvidó dónde trabajaba y dónde vivía, solo existía yo y mi negra y rizada cabellera enredándose en la finas manos del muchacho que parecía haber salido de una película. No sé lo que me pasó. Él me dijo que se llamaba Maurice y que quería conocerme a fondo. Yo no era ninguna ingenua y sabía lo que sucedería. Es más, lo estaba deseando. Ni afirmé ni negué, me dejé llevar por la música de “La pequeña compañía” hacia la puerta de salida. En un momento de turbación busqué con la mirada a Wilson, pero no lo vi. Mi corazón trató de darme un aviso, pero yo me imaginé que eran esas alarmas que nos pone para que luego nos arrepintamos de lo que no vivimos. En la calle nos estaba esperando el chofer en su *Honda*. De repente, fue como si Maurice se arrancara la máscara y me mostrara su piel de lobo feroz. Grité, pataleé, le di un codazo al chofer. Casi nos estrellamos. Era como vivir un mal sueño. El hombre me empezó a gritar, puta, ahora mismo vas a saber lo bueno que estoy y así, sin parar en su forcejeo, estrellándome contra el espejo y obligándome a ver tantas cosas que el resplandor no me dejaba ver. Me mordió los labios, me estrujó los pechos y ni no fuera porque casi nos estrellamos, me hubiera roto y tirado a un basurero.

No puedo decirle que me salvé de milagro porque las heridas del alma son más profundas. Vi su enorme verga salir como una serpiente antes de que violentamente me hiciera volver de espaldas. Me acordé de las torturas de los santos. Le mordí la pierna con toda la fuerza de mis dientes de fiera y lo hice brincar y gritar. Fue cuando el chofer se desvió contra el andén. Entonces pude abrir la puerta y volver a la vida para morirme. Fui por la calle como una perra andrajosa. Caminé sin pensar en la existencia del hampa, sintiendo que la vida se gratificaba mostrándome el lado horrible de las cosas que me atraían. Odié la moralina de la vida, castigándome por hacer lo que me daba la gana, por huir de mi casa, por no someterme a las reglas. Pensé también en la espantosa dueña de la casa, en su hijo atarbán, en la luz mortecina, en todos aquellos despectivamente llamados maricas, en su obsesión por atravesar y ser atravesados y en el placer de su sacrificio. A lo mejor les gusta, me dije, a lo mejor necesitan llenarse de mierda hasta el hígado para renacer y encontrar la belleza. Mientras los vi coquetear nunca se me ocurrió pensar en lo que podía suceder a la salida del “Apolo”.

El lunes ya se me había bajado la hinchazón, pero me movía con dificultad. La bruja de la casa en vano había intentando averiguar lo que me había pasado. Me aburría tanto saberlos tan pendientes de mí, que ya había planeado cambiarme, pero estaba esperando a que se acabara el mes. Creo que ella y su familia siguieron alimentando la idea de que yo era una putica, a pesar de que no volví a salir jamás. Mi dolor era tanto, que ni siquiera me daban ganas de salir a la calle. El contacto con lo externo, con la multitud, con los dueños de la casa, me sometía a una desnudez que me hacía temblar. Para colmo, el hijo de

la dueña empezaba a mirarme con esa lujuria de los adolescentes torpes. A veces lo sorprendía escudriñando entre mis senos o espiándome desde el pasillo.

De Wilson no volví a saber nada. Nuestros horarios no coincidían. Yo todavía estaba en el trabajo cuando él tenía que empezar en el “Apolo”. La vieja de la casa pasó a estar más intrigada por mi nueva actitud que por mi vida pasada. Ahora nos quedamos juiciosas en casa, decía con su mal disimulada ironía, sí señora, ahora mismo me voy a dormir porque estoy muy cansada, y la dejaba con la palabra en la boca.

Pero su rabia crecía con el tiempo y empezó a concretarse en acciones extrañas. Apenas si respondía a mi saludo por las mañanas. Un día encontré mi cuarto patas arriba. Le pregunté lo que había pasado y me dijo que su hijo era muy respetuoso y que a ella no se le ocurría ni por equivocación asomarse a mi cuarto, ya que yo era tan orgullosa y tanto los despreciaba, que seguramente era yo misma quien dejaba ese desorden. Si hubiera sido un alma noble, me hubiera conmovido, pero entonces estaba empeñada en no ceder ni un pelo. Después de lo que me pasó en el “Apolo”, tenía peor opinión del género humano. Mi noción de la belleza había sido pisoteada. Necesitaba un nuevo aliento para seguir mi viaje hacia ninguna parte.

De repente usted apareció, así como caído del cielo. Vino para decirme que existía un ser superior que todo lo ve y me hizo reír. Echarme a mí un cuento de hadas, como si acabara de nacer y pudieran meterme en su redil. Pero algo oculto detrás de su historia me llamó la atención. No lo que dice, que me parece cursi, sino una imagen fugaz, la luz de sus ojos, la cara de la inocencia. Me pareció percibir que no tenía segundas intenciones y sentí que podía descansar. Contarle esta historia es de algún modo descansar del peso del odio.

Pero lo del “Apolo” no paró ahí, digo lo del “Apolo” porque sucedió al poco tiempo cuando todavía estaba bajo los efectos del rencor. Me estaba duchando despacio, mirando con detenimiento las huellas de violencia que quedaban en mi cuerpo, tratando de reconocer el mapa de la infamia antes de vomitar. De repente sentí como si sobre mi cuerpo cayera un foganazo, el impacto de algo dañino sobre mí. Instintivamente me volví hacia la puerta y vi como algo vivo en un punto central. Me esforcé por precisar su textura y me acerqué todavía más a ese ojo de animal sorprendido que se sintió mirado y desapareció. No cabía duda de quién se trataba. Entonces cociné mi venganza como si fuera a cometer el más siniestro asesinato. Pensé la hora, las circunstancias y le puse una cita al espía que se atrevía a escudriñar en mis secretos.

Aquel día me levanté muy temprano. Fui a desayunar y amablemente saludé a la vieja. Vi que me faltaba el pan, pero no hice ningún comentario. La vieja me miró de reojo. Desayuné con calma, dispuesta a escuchar su conversación y a seguirle en sus bromas. La vieja ni se inmutó. Muerta de rabia tal vez

por que no le seguía el juego, tiró el vaso al fregadero y lo estrelló. Era el vaso donde le servía el jugo de naranja al cerdo de su hijo.

Luego fui a mi habitación y salí con una bata medio abierta de modo que se me veían las piernas y una parte de los senos. Mi mano dentro del bolsillo, sin embargo temblaba de furia.

Empecé a cepillarme los dientes semi desnuda. Me exhibí como si me pagaran por ello y esperé a que se asomara aquel ojo. El ojo que estaba al tanto de la cita, se puso en el agujero. Mi mano temblorosa fue hasta el bolsillo de la bata y agarró el cortapapeles. Me acordé de Maurice, de la verga, la sangre, los golpes, los gritos de puta, de mi espalda, del “Apolo”, de los hombres mirándome verlos, todo se me juntó cuando clavé contra aquel agujero el cortapapeles. Fue como exorcizar al demonio que habitaba en mi, como escuchar el gemido de la bestia que despavorida huía con su ojo sangrante.

Pienso en ese ojo herido con indiferencia y me parece que es el mío, que lo que sucedió aquella noche en el “Apolo” fue como clavarme agujas en el ojo, como llenar de sangre y de pus mi visión del paraíso. Por eso quise cerrar los ojos para siempre, hasta que mi tío vino a llevarme de aquella casa. Fue usted el que me vio en el parque, ausente de este mundo con un ojo tapado. Me dio por taparme ese ojo, para sentir lo que se sentiría sin un ojo. En el sentido estricto del término, puede decirse que es la primera vez que salgo con un hombre. No sé cuánto tiempo habrá de pasar hasta que vuelva a recuperar el sentido intenso del color, los matices, la noción de lo bello. Sólo sé que mañana quiero volver a verlo en este parque.

UNA VA SOLA

Una va por ahí bajo la tarde soleada, de esas que de vez en cuando se ven por estos lados. Piensa en las mismas cosas de siempre, en las que le taladran la cabeza. El recorrido se hace más largo, mientras más avanza, como si tuviera como meta el infinito. Una va sola porque la gente siempre anda muy ocupada y nadie tiene por qué acompañar a nadie así como así, mejor dicho, nadie tiene tiempo ni para sonreír en esta ciudad gélida. Y es que aunque a una se lo pidan de rodillas, no se va a reír, después de ver lo que se ve por ahí, más bien se enoja si alguien se lo pide. Por la calle van muchos de esos que dicen, atrévase a sonreír y verá lo que le pasa. A una le quitan las ganas de reír esas caras de reprimidos que hacen pensar que esta ciudad es insufrible. Y eso que una procura no mirar a fondo todo lo que la rodea, tal vez por miedo, o porque piensa que detrás de esa cortina hay un mundo descompuesto que lucha por sobrevivir, pero lo que hace es destruirse.

Una se quita la bufanda porque el calor es insoportable, mientras piensa en cómo la represión tiene jodido a todo el mundo, pues en su estrecho círculo no caben las preguntas sobre el sentido de la vida; y éstas ni siquiera existen porque no hay materia que las genere. Pero cuando la gente se empieza a preguntar por el sentido del mundo, el mundo se desdibuja y los objetos aparecen deformes o mutilados a los ojos de los individuos, que no saben por qué se corroen día a día.

Una casi no se atreve a contar lo que sucedió ese día; será porque a veces le parece que el hecho no tiene suficiente importancia como para ser contado o tal vez porque se le ocurre que no vale la pena que se sepa. El caso es que no se podía soportar esa atmósfera pesada de la calle y una se refugia en un lugar cualquiera para alienarse con una insignificancia, para ver una escena superflua o representar una comedia con un personaje anodino, cualquier cosa, menos perderse entre la multitud repleta de vulgaridad. Claro que una quiere ser diferente, pero... ¡Qué vaina!, siempre es igual. Y es que sin saber por qué, una resulta de pronto haciendo cosas que en el fondo no le gustan, o que combate ardientemente. También puede suceder que resulte gustándole lo que siempre ha detestado, porque seguramente, en el fondo, sí le gustaba, pero no se atrevía a reconocerlo. Una se tapa los ojos y los oídos para no ver ni oír, para no admitir que, en eso de decir una cosa y hacer otra, es igual a todo el mundo. Y es por eso que, cuando lo descubre, no se puede aguantar y quiere ser diferente. Entonces es cuando a una la agarra el conflicto por los tobillos y no puede avanzar.

A una no le gustaría hacer lo que no le gusta, más bien le gustaría que le gustara algo para hacerlo de verdad y pensando en eso, se mete en un sitio bonito, lleno de gente decente, porque la que está afuera no tiene cara de decente, esa no puede ser decente con un aspecto tan siniestro como una amenaza. Sin embargo, esos, con sus caras contrahechas, le están diciendo a una culpable y no sé que más, mientras interrogan por la conciencia de clase. Y eso, precisamente, es lo que molesta, la sospecha de que no se tiene conciencia de clase: no poder situarse con seguridad en un peldaño de este edificio inestable y decir, este lugar me pertenece, y en este lugar, lloro de rabia, hago el amor, me dueermo, me deprimoy, me orino, me levanto, me visto, me desvisto, me despeino, me arañoy y me desbarato hasta aburrirme.

Ya en ese sitio que se ha escogido una pone cara de interesante, pero piensa que es diferente a los demás, aunque se ponga la máscara de mujer de mundo. Una hace que camina como Pedro por su casa y respira ese aire mezclado con ambientador tipo pino salvaje que se mete en los poros y pica por todos lados, pero trata de acomodarse como si la tocara una brisa acariciante (no como la de afuera, intoxicada por los gases que vomitan los motores de los buses). Ese lugar fue hecho para eso, para que la gente se crea que sale de ese sueño y olvide la sensación del barro. Una lo sabe muy bien, pero se tapa los ojos y los oídos para no verlo ni oírlo, para que los que están allá piensen, aunque sea por un momento, que qué bonito, que qué suerte estar allí mientras otros se morirán de envidia, sin tener el privilegio de conocer y disfrutar ese ambiente tan ensoñador de bosque de coníferas, de por allá, muy al norte en la frontera con Canadá, o algo así. Y los que hacen esos lugares saben muy bien que alguien como una va a meter las narices y lo preparan todo para que se sienta bien, mejor que en su ambiente de gases tóxicos. Pero cuando una sale de ahí incómoda, como que le da vergüenza o rabia de no tener un lugar donde sentirse bien de verdad, un sitio que no sea aparente, sino que sea por el contrario un trozo de realidad desnuda.

Es en ese lugar incómodo donde una aterriza, un lugar, como ya les dije, falsamente cálido y acogedor, lleno de candorosas parejitas con caras o máscara bonitas y felices, con tipos más bien idiotas, de esos que miran pero no ven, tal vez, porque no tienen nada adentro para proyectar en los ojos de los otros. Sí, es en ese lugar donde nadie mira, porque si mirara, de verdad, descubriría el ridículo, donde una se da cuenta que muchos de esos tipos que no ven, revierten su represión sobre un pedazo de carne que tantean, como quien presiona un paquete de plástico, hasta hacerle un hueco y reventarlo. Esos sitios exclusivos también se han hecho para ellos, para que el olor a pino y la música de consultorio dental encubran la violencia de sus manos rudas y maquillen sus mentes que todo lo ven sucio, sin darse cuenta que son ellos los que cubren de basura lo que tocan y hacen como que vomitan y se asquean de lo otro, pero lo

que pasa es que lo están de ellos mismos y aún así, estúpidamente se quedan pegados a su pareja como el chicle que se adhiere al zapato que lo pisa, con microbios, escupitajos anónimos y piedras. Una piensa que definitivamente no le gustaría un tipo así, pero ahí se queda, mirando más allá de esos ojos inexpressivos, enajenada y casi tranquila. Una quiere estallar y gritar que todo es mentira y nada es verdad, como un tango con mujer fatal y borracho que llora, pero prefiere imaginar que es feliz, pero no, lo que pasa es que adentro todo está podrido y se traga la angustia y enciende un cigarrillo y de repente alguien se acerca y le da fuego. ¡Qué carajo!, se dice, en esta soledad, se agradece la presencia humana y hasta parece que se asoma la felicidad y el aburrimiento y el tedio se van.

Entonces es cuando a una le pasa lo que trata de contar y que ahora no sabe, a ciencia cierta, si es interesante porque a una como que ya no le importa o no quiere que le importe, quizás porque no tiene mayor trascendencia y es además estúpido lo que a una le sucede en una ciudad de este mundo, perdida en una meseta y dominada por dos montañas que son como fantasmas que se ciernen sobre sus calles.

Una sale con él, a ver si sucede algo diferente, y él dice que ese lugar es insoportable y que es mejor un espacio vacío. Una piensa que tal vez sea buena idea huir de tantos rostros imbéciles y va con el extraño por la calle, lentamente, sin deseos de llegar a ninguna parte y una tiene que poner cara de mujer que ha vivido mucho porque la máscara es vital y hay que tragarse las dudas, o si no, pierde la ocasión de tener una experiencia, de alcanzar algo que pueda oler en el recuerdo. Claro que, una es de esas “niñas de su casa” que no pueden llegar tarde y son consideradas anormales, si hacen algo fuera de los muros del hogar. Una vive con gente que la jode a cada rato y no para de sermonear. Una tiene que escapar, pues es peor, si se queda enterrada en vida, queriendo hacer mucho, sin hacer nada y rasgándose por dentro, siempre con el maldito sabor amargo de la insatisfacción y la sequedad de la rabia. Por eso es que una pone cara de que no le pasa nada de eso y quiere que piensen que ha vivido mucho, pero todo eso es una mentira que le va pesando junto con el miedo que tiene al pensar que tal vez camina con el peligro. En el fondo siente miedo de no tener claras las razones por las cuales se encuentra con un tipo y se aleja con él hacia ninguna parte, siendo ésa la primera vez que lo hace.

Después de repetirse que prefiere ir acompañada, una cambia el paso, aprieta las piernas y va más firme, decidida a tragarse el mundo o más bien, a dejarse engullir por él, como Caperucita en las fauces del lobo feroz. Así es como una se aleja con él aquella tarde que era soleada al principio, pero que se fue enfriando con el pasar de las horas, hasta amenazar volverse niebla de invierno. Una camina con él entre la muchedumbre, habla de todo y de nada, pelea contra el silencio y sucede que deja salir a borbotones lo que tenía guardado, la

rabia contra los verdugos, el malditismo de la soledad, todo lo amargo que lleva adentro. Pero luego siente vergüenza de su palabra, de su incapacidad de escuchar y de lo idiota que es al perderse el placer de vislumbrar al otro y llegar a él a través del hilo de su palabra oscura y torpe. Una cree que esa es la razón de que le vuelva de nuevo la angustia y la necesidad de la máscara de mujer de mundo, que el calor le ha arrancado del rostro. Una se siente incomunicada con su silencio y además culpable por no saber combatir a tiempo las palabras que le salen de las tripas; pero sigue hablando a pesar de tener conciencia de los excesos verbales que van más lejos, hasta volverse incoherentes, convirtiéndolo a él en un código indescifrable y a una en una cacatúa.

Cuando por fin una se queda callada, él mira desde sus ojos oscuros que ocultan algo que una no atina a descubrir. Una calibra su cuerpo ancho y robusto, sus manos hinchadas, su andar pausado, su cabeza alargada y rizada. Una ve que sus labios gruesos y manchados por la nicotina tiemblan, incapaces de sostener las palabras que resbalaban con la saliva y que recoge con la lengua; una lo siente tan cerca y tan misterioso, blando en apariencia, pero tan impenetrable como una roca.

Una desciende hasta el suelo con sus palabras, mientras las de él vuelven a pasar por su garganta mojadas con su saliva. Nada le sucede a una mientras conversa con él, sólo camina porque es lo único que se puede hacer para demostrar que está viva y eso es verdad, porque los zapatos no caminan por una, liberándola del esfuerzo por mantener la humanidad erecta y también del sacrificio de subirse a un bus que la amasa y luego la escupe. Es verdad que una va caminando conforme por estar viva, pero a veces se asquea de la calle, de los motores que arrojan ese humo que es el final del proceso de un sistema que aniquila. Porque una sabe que lo que queda después de todo es una columna de humo negra y espesa que ahoga, hasta dejarla sin respiración, un aire maléfico que mata lentamente.

Una piensa eso cuando se le atraviesa la rabia consigo misma al comprobar que tampoco puede caminar a gusto y en plenitud acompañada de un hombre extraño que se traga las palabras o que quiere decir algo, pero no encuentra el camino y se pierde tal vez por timidez. Pero, en cambio, mira mucho, mira de reojo cuando cree que una no lo estaba viendo, como si la midiera el espacio, ya que él reducía todo a una esfera microscópica cuyos detalles exploraba desde una lente que acercaba las cosas hasta sus gruesas y torpes manos.

Una intuía que, pese a la rudeza de aquellas manos, él no era un hombre corriente o por lo menos no dejaba escapar de sus labios una pizca de estupidez. Se notaba que su mundo era enorme o diminuto, de acuerdo a la distancia de su lente. Y a una le gustaba pensar que las cosas podían ser de una manera o de otra, a la vez. En el fondo y desde el querer y no querer, una buscaba lo más relativo de un hombre y así iba aclarando en su mente el objeto de su deseo,

pero todavía se sobrecogía al pensar en lo sola que iba con sus dudas. Aún así, una decide llegar hasta el final, por eso empuja y empuja su cuerpo hacia el suyo, sospechando que no hacerlo es la verdadera confirmación de la muerte y lo que una quería, de verdad, era vibrar y saberse viva como cascada de agua o de tibia orina.

El tiempo mata cuando no te pasa nada interesante, nada intenso, sea placentero o doloroso. El tiempo mata cuando se acepta la normalidad y se obedece a los verdugos. El tiempo mata cuando renuncias a sentir por miedo al sufrimiento. El tiempo siempre mata de todas formas porque el ser humano no es inmortal. Una pensaba todo eso, tapando el conflicto que la agarraba, por escuchar a los que le dicen, atrevase y verá sin atreverse a nada, sin saber si era por rebeldía o por temor que no se lanzaba. De acuerdo, se dice una, hay que morirse para saber lo que es vivir y eso significa llegar hasta el final. Más o menos a esa conclusión va llegando una, pero mientras está contando lo ocurrido, el recuerdo de lo pasado se le resiste, porque le parece que no es tan importante, que son apenas pendejadas que a una se le ocurren para justificarse por lo que hace o deja de hacer.

Una llega por fin a un sitio solitario donde el hombre parece sentirse mejor. Luego se mete por un recoveco de mala muerte de esos que ocultan a los atacadores. Por suerte no ve a nadie en la calle, sólo a las moscas que zumban, revolcándose con lujuria en una enorme plasta de mierda. A pocos metros se ve una tienda de pueblo con mesas y banquetas de madera donde una se sienta con él a descansar. Del fondo sale un hombre que atiende sin mirar a los ojos, el típico resentido que oculta el rencor detrás de los párpados. El lugar no huele a pino silvestre, más bien apesta a orines de borracho empozados en un orinal semi oculto tras un muro y con una cortina de trapo que hace de puerta. Una no se puede sentir jamás a gusto en un sitio así. Sin embargo, está cómoda y eso la abochorna todavía más. Él pide un refresco que se bebe a toda prisa, como si necesitara coger impulso para hablar. Luego empieza a describir los jardines de oriente. Una quiere escuchar, pero francamente es muy incoherente lo que él dice. Es como si él viviera en una fantasía, entre velos, odaliscas y humores de opio. Una tiene que arrancarse la lógica que la aprisiona e intentar entrar en ese paisaje irreal, soslayando la mierda y la oscuridad del lugar. Una piensa ahora que a él no le pertenecían las palabras aquella tarde, que se las había pedido prestadas a otra persona y no acababa de sentirse cómodo con ellas.

A una la invade la sensación desconocida de los momentos críticos, pero disfrazada de un deseo de eternidad que va mucho más allá de la pestilencia del orinal y que la elevaba en una alfombra voladora. Una quiere que todo sea cada vez más extraño, para que, al repetirlo, se fije en su memoria y en todas las memorias que elija para contárselo, ya que en el fondo una necesita la historia para contarla. Por un momento una puede alejarse de sí misma - esa "sí misma"

que es la verdadera enemiga -, una por fin escapa y puede entrar en esa órbita, más allá de sus prejuicios y aprehensiones. El caso es que se deja llevar por el desconocido, por la magia de su palabra, por la necesidad de que suceda algo que la salve de la normalidad.

Súbitamente, una abandona la tienda con él y camina hasta llegar a un edificio viejo y desolado donde se detiene antes de que se ponga el sol. Todos los pisos están vacíos a excepción del último. Mientras asciende con dificultad, entra un viento que azota los cristales rotos de los ventanales, mostrando la ausencia y la agonía de un mundo destrozado. Detrás de las puertas y de los pisos gastados, parecía que se ocultaban unas vidas al acecho y a las que una les hace frente con la máscara de la arrogancia, diciendo, salgan a ver, qué quieren, alimañas, desde su voz interior temblorosa, luchando contra las sentencias malignas que advierten sobre el peligro que le espera a una en la vida y más allá de la muerte, en el infierno. En ese nivel de la conciencia el viento responde, si llando y aporreando las puertas. Una sube por una escalera que cruje como si estuviera sufriendo y la sensación de vacío se apodera de una, mientras se acerca a la última puerta, pensando que jamás va a dejar aquellos pisos abandonados que nada muestran y todo lo ocultan. Aunque los espacios habían sido abandonados, una ahora piensa que cada puerta tenía una historia que contar, pero la habían lapidado para que no pudiera decir nada y así ponerla a una en el trabajo de imaginar y dudar de lo que la mente traza sobre el papel.

Una piensa ahora que aquel edificio no tenía nada de particular, sólo que lo estaba midiendo con el miedo que se apoderaba de una en el ascenso mudo, que distorsionaba su percepción de los hechos y de las propias sensaciones, pues al mirarlas detenidamente, las cosas hoy parecen distintas, tal vez más desoladas. Entonces estaban más vivas porque una las veía en su cruda desnudez. Antes hablaban, aunque fuera del silencio, y ahora no dicen nada. Aquellas cosas eran aparentemente inútiles, pero una las necesitaba para tener la composición del lugar, para no volver a sufrir la sensación de la nada. Todo esa ansiedad la ciega a una cuando llega al último peldaño en compañía de un desconocido que habla otro idioma.

Hasta ese peldaño una se mantiene firme, quizás porque piensa que la historia debe tener un desenlace y una trata de sostenerse en ese deseo, sólo que al final siente que las fuerzas la abandonaban. Pues por más de que una quiera vivir aunque se muera, siempre es cobarde cuando la muerte se asoma. Por eso es que una duda, lo ve todo negro, siniestro y se vuelve violentamente contra la oscuridad. Una baja las escaleras a tientas, pero corriendo, y se pierde en el absurdo remolino de los deseos, muerta del miedo, a mil latidos por segundo, tapando la vergüenza con la rabia al descubrir que no pasa nada, que no sucederá nada, que jamás sucederá nada que tenga suficiente importancia como para ser contado.

LA MUÑECA

Soñé que muchos hombres pasaban tímidamente por el *sex-shop*, se deslizaban entre los anaqueles, disimulando su interés, ocultando sus sentimientos y, finalmente, se marchaban sin pedir un deseo. El dueño estaba nervioso por la indecisión de los clientes. Metía y sacaba la mercancía de las cajas. Me arreglaba los cabellos y me limpiaba la cara con el trapo del polvo. Las ventas iban mal y trataba de atrapar a los tímidos con insinuaciones obscenas sobre los maravillosos aparatos del placer, acariciándolos con voluptuosidad.

Yo confiaba en que alguno de esos transeúntes me sacara de la prisión que me anulaba; por ejemplo, un hombre bajito, con aspecto extranjero, de pelo escaso y tersas manos, como ese que se detuvo frente a la vitrina, mirando cada uno de los artefactos, haciéndome creer que sólo quería escapar del mal tiempo, ya que había nubarrones en el cielo. Al verle las manos, sentí que me tomaría con violenta decisión, permitiéndome ser algo más que un objeto en oferta. Cuando se acercó a la vitrina simuló mirarme con frialdad, actitud que mantuvo mientras me sacaban del estuche, envuelta en finas sedas de papel, como estaba desde que salí de la fábrica. Él fingió conocer el tema, impidiéndole al vendedor leer la lista de las virtudes que me convertían en un ente excepcional, entre la infinidad de formas plásticas que tantos placeres prometían. Él tampoco sospechaba con qué fuerza podía arrastrarlo al paraíso de las sensaciones, hasta enloquecerlo, convirtiéndome en un elemento imprescindible en su vida.

El hombre bajito ocultaba una estructura frágil bajo la gabardina beige, pese a sus regordetas manos de leñador, manos rudas, pero diestras en el arte de las caricias. El fino empaque de su cara armonizaba con la boca pequeña y los labios delgados. Su pelo rubio cenizo no parecía conocer el champú. En cambio, ese azul pálido de su mirada transmitía una necesidad de diluirse, de desaparecer en una nube. Medía poco más de uno sesenta y acariciaba con una sensualidad que me erizaba. Sus ojos miraban más allá de mí, buscando quizás a aquella mujer que marcó su vida y lo empujó a no definirse por ninguna. Esos ojos atravesaban mi material para luego cerrarse, guardando una imagen que lo excitaba y animaba a pegarse a mí para estimularse, humedeciéndose los labios con la lengua, repitiendo el nombre de esa mujer, como si al envolver la palabra con su sensualidad, pudiera traerla a su cama.

Ese mismo día me hizo suya, compartiendo el morbo antes reservado a la oscuridad, frente a la pantalla de su televisor, a eso de las once de la noche, después de acabarse la lasaña que calentaba en el horno y comía por obligación, tirado en el sofá. Entró en su pequeño apartamento, en el centro, y sin desve s-

tirse, me sacó de la caja, me arrancó el papel de seda y me llenó con su aire desesperado. A medida que me llenaba con su aliento, me hacía sentir mujer, moviéndome al ritmo del bolero que certeramente puso, al tiempo que iniciaba su hazaña pulmonar. Luego fue al cajón de su armario y sacó del fondo una oscura y diminuta prenda de encaje. Empezó a vestirme con unos pantaloncitos de corazón, que luego me arrancó con los dientes, como si otra persona saliera de él, otra que quería liberarse e imponerse, otra que gruñía como un animal perdidido.

Asumí que mi misión era servirle de consuelo en sus noches de soledad, que eran todas. Tuve pena por su situación y por eso oculté mi verdadera naturaleza, para no decepcionarlo, en caso de que llegara a descubrir que yo no era un objeto solamente. Me hice mujer con su aliento, fui acomodándome a la forma de su cuerpo, formé con él nuestro nidito de amor, para perdurar en una clandestinidad criminal, lejos de las miradas indiscretas.

Como un niño se dejaba llevar por la curiosidad, tratando de encontrar el sexo de su muñeca. Cerraba las cerraduras de todas las puertas de la casa y no atendía al timbre cuando estaba conmigo. Después de examinar y de medir mi accidentada geografía, cerraba los ojos y reiniciaba el recorrido, animándose con sus gruñidos. Yo le hacía sentir que no hacía falta mirarme a los ojos, ya que no tenía ojos. A él no le importaba porque su mirada iba más allá de mí, hacia el lugar donde estaba la otra. Mis ojos eran en realidad dos botones cuidadosamente dibujados por las manos delicadas de una obrera china, a la que le pagaban a cuarto de centavo por botón. Él cerraba los ojos y abría la boca, esperando el caramelo de su mamá y de esa misma boca salían las palabras obscenas que lo animaban a entrar dentro de mí.

Algunas veces me dejaba en mitad de la tarea y yo creía que huía aborreciéndome. Todo lo contrario, era entonces cuando estaba más animado, cuando removía los cajones de su armario y sacaba un vestido largo de seda roja que se ponía, para acariciarse las nalgas y que luego colocaba encima de mí, mirándome como si se viera en mí, a punto de volverse loco de placer. Se le ocurrían unas ideas que no estaban en el guión que otras veces parecía seguir. Yo quería ponerme muchos vestidos de seda solo por sentir su mirada ansiosa llenarse de cuerpos de mujeres inalcanzables. Conmigo aprendía a despojarse de los prejuicios que le impedían ser. Perdía la vergüenza, la mesura, el sentido del orden y la **máscara**. Yo no tenía un nombre, pero él me llamaba con las palabras más tiernas o sucias que se le ocurrían; tampoco una identidad, aparte de la materia plástica que me daba forma.

Ahora duermo contigo todas las noches y tú te fumas un cigarrillo, mientras abres mis piernas, acercándote al centro. Tocas eso que llaman “sexo” y que recibe nombres de animales extraños o fugaces. Para llegar allí pones una voz gangosa como de ronquidos de bestia cavernaria. Te salen palabras inco-

prensibles de las tripas. Tus murmullos me aturden. Me hacen pensar que lo humano se separa para dar paso a un bicho torpe. Me confundes tanto que se me olvida la misión para la que fui diseñada, alcanzar la forma del placer ajeno, inflarme, desinflarme y desaparecer, bajo esta materia plástica que me ahoga. Trato de no olvidar que nací cuando me sacaste de la caja para darme una entidad: ser una cosa tuya, formar parte de un mundo secreto, al lado de los pantaloncitos de encaje, los ligüeros y los trajes de seda rojos. Quisiera hablarte, pero no tengo voz, quisiera mirarte, pero sólo puedo presentirte detrás de estos dos botones dibujados por las manos de una artista explotada. Llegué de contrabando a la tienda. Mantengo mi condición de clandestina. Imitas la que crees mi voz, pero no es mi voz, es la tuya que se adelgaza y alcanza un tono femenino. Mi temperatura sube al contacto con tu cuerpo. Tengo la boca abierta para recibirte y no puedo gemir. Tú insistes en viajar hacia “eso” que está en medio de las piernas. Quieres que te devore como una planta carnívora. Exageras el frenesí con la música del fondo y la lluvia reventando los cristales de las ventanas. El agua tapona los desagües y la calle se convierte en un río turbio que no te deja salir.

Quiero acabar con tu soledad, pero no me es posible acompañarte. No puedo borrar tu pasado para colocarte en un eterno presente sólo mío. Tal vez prefieras la inocencia de la otra, su desconocimiento de tu deseo ardiente de ella, su etérea indiferencia. Repetimos la escena que te gusta, pero cada vez es menos placentera. Empiezo a sentir celos de la otra y me aferro a ti con desesperada urgencia. Quiero ser tu encantadora costumbre, tu vicio secreto. No puedo alcanzar ese sueño si me conviertes en objeto desechable.

Soy una muñeca plástica. Me compraste en una tienda de objetos eróticos. No era nadie antes de conocerte, *okay*. Todo lo que soy te lo debo a ti. A veces te gusta jugar a la muñecas, pero como un niño, rompes los juguetes. Me posees porque eres mi dueño. Me tomas con violencia, como los niños que se aburren de los juguetes. Ensayas muchos roles y ninguno te funciona. Por eso estás encendido de furia contra mí. Te golpeas la cabeza con mi cuerpo, mientras me llamas puta. Te asustas de tus fantasías asesinas. Tal vez preferirías que te castigara por ser un niño malo. Algunos hombres se portan mal para provocar el castigo de mamá. Te atraigo hacia mí, tirándote las orejas. Quieres dejar de ser sujeto. Te angustia ese papel de ser siempre quien decide el orden del guión. Compraste un goce efímero que quiero eternizar, para suplir la necesidad de la otra y me castigas por intentarlo. No, la quieres a ella, es la visión fugaz de una mujer inmaterial lo que te hiere.

Yo soy diferente. Me acoplo a tus deseos aunque no los comprenda. Tarde o temprano acabarás enamorándote de mí. No te pido pieles ni brillantes. Eres libre como el niño que recibe el perdón de su mamá después de hacer una maldad. ¿Quién puede quererte más que esta muñequita encantadora y trans-

portable? Me vuelvo tan pequeña que puedes llevarme en tu equipaje. Con tu aliento alcanzaré la forma de una lozana mujer dispuesta a complacerte. Estoy celosa, pero lo disimulo, de modo que soy la perfección plástica. Las muñecas fuimos programadas para “necesitar un hombre”. Somos útiles e higiénicas. Contribuimos a mantener el equilibrio mental de los solitarios. Cumplimos con la obligación de complacerlos. No competimos con las otras. No conocemos el significado de la palabra frigidez. Somos inmunes a los virus y al dolor.

Qué fácil es cuando te dan placer sin pedir nada a cambio. Me compra s-te. No le debes nada a nadie. Me hicieron pensando en tus deseos, en tu sol edad, aislamiento e incomunicación. Mi hombre tímido, hablo contigo, sólo si tu me dejas. Pero no debes olvidar que en el fondo de mí hay una fragilidad que amenaza nuestra unión. Disfruta entonces todo lo que puedas antes de reve n-tarme. No olvides mi delicada condición. Después de tu explosivo arranque de júbilo, quedarán desperdigadas las trizas de plástico por los rincones. ¡Cuidado! Quiero perdurar para ti.

Me transmites todas tus ansias, quieres que te diga que estoy en celo. Me ruegas que te devore desesperadamente, que no abandone jamás la casa, para que tú no tengas que volver a la calle cuando deje de llover. Te gustaría que lloviera sin parar. Soy tuya hasta mi muerte, hasta mi desaparición fulminante. Después de todo no vas a olvidarte de mí. En tu recuerdo quedará estampada la huella de una muñeca de plástico que buscarás en las otras y me repetirás en ellas.

Tú descubres mis virtudes. Me guardas con cuidado en el **armario**, aunque también me ocultas como si fuera una vergüenza. Acepto la triste cond i-ción de clandestina. Una muñeca no debe pedir nada y sí darlo todo. Pero el encierro en tu armario me asfixia y estoy a punto de volverme humana para protestar. Te espero con ansiedad para ver la luz. Cuando abres el armario bu sco tus ojos y no los encuentro. Le hablo a tu mano para que me lleve a la calle a dar un paseo. No sé qué papel representas ni lo que vas a hacer conmigo. Tu mano ausculta mis entrañas. Abre mis piernas y luego las ata a los extremos de la mesa de tortura. Tu mano enguantada se adhiere como una gelatina a mi e n-trepierna. Trata de salir, pero se queda atrapada en las paredes de esa cavidad. El tocólogo bestia no acierta. No acierto. Nos perdemos. Me dices que tienes ganas. Y a mí me gustaría volver a la tienda para exhibirme a los otros. Voy a devolvarte el dinero para que me dejes en el punto donde estaba antes de e n-contrarnos. Quiero conocer a otros hombres, antes de decidir que vas a ser mío para siempre. A lo mejor hay que cobrarte para que aprendas a valorar la entr e-ga de esta muñeca que quiere darte todo, pero que no aguanta el encierro.

Ensayo a pensar que no existo, que alguien me piensa. Es tan elemental lo que buscamos que nos da vergüenza decirlo. A pesar de todo, amor, ven dentro de este agujero imposible, penetra este material antes de que sea devor a-

do por el fuego. Soy una muñeca dispuesta a morir por un hombre. No padezco traumas ni me quedan frustraciones por tu desprecio. El plástico quedará inundado de ti porque mis materiales ceden a la intensidad de tu deseo, sólo que tienen un límite. Pero, si tu meta es mi destrucción, preferiría saberlo antes de empezar a jugar. Vas a aplastarme con tu pesado cuerpo. Soy frágil, soy frágil, delicada, hacia arriba, cuidado, atención.

Decir amor con una voz sensual me compromete y me vuelve problemática. No quiero respuestas, amor, no espero caricias. Soy una muñeca térmica y auto suficiente. Desprendes mi cabeza del cuerpo en esa euforia repentina que te ataca. Soy frágil, delicada, arriba, ojo, inútil, nadie lee las instrucciones antes usarme. Me queda el resto del cuerpo que es tuyo, pues me compraste. Entonces arráncame una pierna. Soy una muñeca masoquista o insensible al dolor. Mis senos, amor, insistentemente buscan tus manos de fiera. No tengo dientes. Si los tuviera, te daría el mordisco que me pides. Pides tantas cosas tan extrañas que me parece que estás loco. No alcanzas la plenitud, sólo una vaga imagen de la felicidad, la sensación de la fuga del otro que escapa de ti. El sexo es un extraño que viene a visitarnos. Parece que se queda por la forma como se instala, pero en cuanto cerramos los ojos, se nos escapa. Se exalta de repente y parece que fuera a destruir la casa. Decae o se entristece sin que pueda explicarnos sus razones. Igual que el plástico, se infla o se desinfla y sus designios son tan insondables como los del señor. No se derrite con las llamas, pero quema y nos quema.

Tu sexo se doblega ante lo que represento. Me asigna poderes. Estoy rota, pero no quiero morir. Regresa antes de que traspases las puertas de la locura. Ven, deja que tu cabeza repose entre mis piernas. No volverás al sitio de donde viniste. Espera, soy frágil, tu cabeza es demasiado grande y me desgarras. Te dije que si ibas despacio, te quedarían más noches para vivir este sueño. Cuando yo desaparezca, quedará el vacío de mí, el peso de una ausencia que es la otra cara del ser. No te vayas, amor, no huyas, estoy viva dentro de ti. El plástico es sólo un material, un medio para una forma. No se lo diré a nadie. Soy muda.

Todas las mañanas te digo, amor, no me preguntes si te quiero. No sé qué responder. No vuelvas a decirme que soy la muñeca más dulce que has conocido. No te quedes mirándome como si fuera de plástico. Soy yo, recuerda, soy frágil, delicada; y tú, una bestia. Un día vendrás y ya no estaré aquí. Entonces tendrás que comprarte una muñeca de plástico para satisfacer tus necesidades.

LA SONRISA DE LILITH

Su rutina cambió con la aparición de la vecina del tercero A. No hacía más de dos semanas que se había trasladado y ya estaba tan acostumbrado a ella, que incluso extrañaba su contundente taconeo, pues subía y bajaba las escaleras del edificio hasta diez veces al día, como si se le olvidaran las cosas. La tranquilidad del inmueble, habitado hasta entonces por ancianos, se veía alterada por una muchacha alborotada que emprendía carreras de caballo hacia arriba; y hacia abajo, sus tacones iban rodando como esferas metálicas, produciendo golpes secos sobre la vieja madera. Debe ser despistada, concluía Felipe, cerca de veinte años, apasionada y retraída, he aquí el diagnóstico de un experto en mujeres.

Y es que no dejaba de pensar en su vecina ni siquiera cuando se metía en el cuarto oscuro a revelar fotografías. Él, que había jurado dedicarse de lleno a la pintura, acabó haciendo fotos pornográficas para una revista con la que lo conectó un compañero de la facultad. Pero de tanto mirarlas, las mujeres ocultas detrás de esos cuerpos desnudos, ya no le decían nada. En el fondo despreciaba sus poses de cliché para despertar el morbo de individuos impotentes. Verlas emerger de la cubeta de agua, igual que sirenas meciéndose en las olas, se convirtió en una estéril rutina.

En cambio, el misterio de su vecina lo asediaba por los rincones de la casa, sin permitirle un minuto de lucidez para inventarse una estrategia que lo acercara a ella. Se consolaba entonces espíandola por la cerradura, delimitando su silueta con la idea de hacerle un retrato que llegaría a ser su obra maestra, ya que Felipe había empezado Bellas Artes, pero abandonó los estudios, por falta de entusiasmo, sobre todo, porque no soportaba a sus compañeros, pendientes de lo que otros hacían. Él era un solitario y prefería la serenidad, la sombra, antes que esa tensa rivalidad entre los genios cuyo afán de destacar se concretaba en una descalificación de los demás.

Su tendencia al encierro se acentuó al abandonar la facultad para dedicarse a la fotografía, trabajo que le permitía cierta independencia. Esto fue posible gracias a ese compañero que lo conectó con *El ojo de la cerradura*, una publicación para idiotas. Primero fueron los modelos, luego los interiores de las casas, cuartos de baño y dormitorios. Después pasó a una revista, más provocadora y violentamente comercial. Si la gente quiere sexo, se lo damos, decía el director, un enano, que estafaba a las modelos, pero que a él le pagaba bien. Con lo que ganaba tenía suficiente para el alquiler, los recibos del agua, de la luz, etc. A veces se quedaba corto con las provisiones de la última semana del mes. E n-

tonces iba a la pizzería de unos argentinos recién instalados en el barrio, que anotaban sus cuentas en un cuaderno de tapas rojas.

La primera vez que se cruzaron sus miradas, ella bajaba a toda prisa y él subía con la bolsa del supermercado. Le pareció que sonreía como la Mona Lisa, pero no alcanzó a fijar en la memoria los rasgos de su cara, además se puso nervioso y no fue capaz de saludarla. Lo que más lo contrariaba era no haber definido el color de sus ojos ni la línea perfecta de sus labios, con lo cual su obsesión por ella crecía. Al día siguiente se levantó con una idea fija: integrar esa imagen fragmentada y borrosa que le producía un desorden intestinal. Deseayunó sin apetito, como por cumplir, dejó a medias la tostada con la manteca para dedicarse a armar ese puzzle que los trastornaba.

En cuanto sentía sus pasos, iba disparado hacia la cerradura, a ver si podía captar un detalle que lo ayudara a realizar su obra. En un arranque de osadía, incluso se animó a entreabrir la puerta para atrapar la imagen duradera. Lamentaba, en esos instantes en que se sentía impotente, no haber establecido ningún contacto con sus vecinos y, sobre todo, odiar tanto a la portera que era la mayor fuente de información del barrio.

Pero la ignorancia acerca de la vecina incrementaba de manera extraordinaria su capacidad de imaginarla de mil formas y en diversas situaciones. La veía con una falda negra ceñida hasta las caderas, con un amplio vuelo que empezaba en la mitad de la pierna y acababa arriba de los tobillos. Distinguía sus botines de abuela, las medias rojas y el inmenso suéter rojo que envolvía su cuello de cisne y le daba un aspecto de dama de las camelias, languideciendo entre sus sábanas ensangrentadas por sus tísicos escupitajos. Hubiera querido conocer la opinión de Teodoro, la única amistad que conservaba de los tiempos del colegio. Se había ido a estudiar a Italia y desde allí le escribía cartas en las que no hacía más que hablar de sus conquistas, cosa que le molestaba sobremanera porque era como si él fuera el centro del mundo. Al tipo no se le ocurría pensar que Felipe tuviera una vida, que le sucedieran muchas cosas en su mente, tan reales como sus conquistas y tal vez más intensas, ya que Teodoro, de puro superficial, era infantil, uno de esos mequetrefes a los que le gustaba hacer de simpáticos, esos que se sentían en la obligación de soltar chistes para salvar los silencios, como en las reuniones sociales a las que lo había acompañado, que eran pocas, porque él prefería quedarse en su casa escuchando su música preferida, un poco de jazz y rock clásico.

Por costumbre Felipe llegó a convertirse en cómplice de las conquistas de ese amigo, que se complacía sembrando equívocos entre las mujeres, cortando a la que menos le gustaba, para llamar la atención de la que sí le interesaba. Felipe tenía que distraer a la elegida, que era casualmente la que también le gustaba a él, pero como se suponía que era un juego, actuaba con cierto desinterés y la dejaba escapar sin darle una sola pista. Cuando las cosas volvían a su

cauce inicial, entonces él debía consolar a la incauta que se estaba derritiendo, inconsciente del error.

Mientras trazaba el rostro de Lilith, se hacía el firme propósito de no contarle a Teodoro lo que le sucedía. Prefería disfrutar en soledad imaginando el momento en que la invitaría a cenar. Ese día pensaba entregarle la obra de arte para rematarla después del postre. Pero luego le parecía que no le iba a salir bien. Llevaba tres meses y trece días buscando el momento y el momento jugaba con él a las escondidas. A veces se asomaba al rellano de la escalera, a veces se ocultaba cuando los dos se cruzaban. Era un momento escurridizo e infame, que no le ayudaba a entrar en el mundo de ella. Cuando la veía subir con una amiga se torturaba pensando que era lesbiana, como si el momento le sacara la lengua. No haberla visto subir ni bajar acompañada de un hombre era lo único que alimentaba su ilusión.

Sin embargo, pintarla a ella le resultaba más agotador que disparar y revelar fotos. Tenía que hacer un esfuerzo enorme de memoria y otro tanto de imaginación. Necesitaba mucha concentración y Lilith se le atravesaba de forma cambiante y líquida para no dejarlo culminar su proyecto. Aún así, trabajaba con la minuciosidad de un artesano, deteniéndose en cada detalle, juntando los sentidos para transmitirle movimiento a la línea. La quería a su lado, necesitaba copiar su belleza, pero en esos momentos no se le ocurría que pudiera besarla. Sus impulsos eran tan confusos y contradictorios, que prefería dejarlos en el aire para no tener que confrontar esa visión con un deseo verdadero.

A veces la imposibilidad de avanzar hacia ella lo sumía en una profunda melancolía. Se levantaba tan agotado como si acabara de salir de la larga convalecencia de un amor tormentoso. Era entonces cuando en sueños la llamaba con una sensualidad dolorosa. Al regresar a la realidad de su ausencia, no podía ocultar las chispas del odio que brotaban de su corazón. Su otro yo reaccionaba con violencia, advirtiéndole del riesgo de convertirse en un mediocre soñador de imposibles. Fue entonces cuando volvió con más ahínco a la fotografía, empujado por los plazos fijados en la revista. Podía quedarse satisfecho con unos cuantos trabajos elogiados por los profesionales, que valoraban sus desnudos por la luz que irradiaban los cuerpos. Sus fotos fijaban sólo una parte llena de sugerentes mensajes, un brazo en movimiento una pierna cerrada, unos dedos tensos. Nadie dudaba que detrás de la cámara era un profesional difícil de superar. Lo que ignoraban es que él se quedaba con las mejores fotografías y entregaba a la revista sólo las que le parecían aceptables y técnicamente impecables. A solas disfrutaba mirando trozos de esos cuerpos que de alguna manera le pertenecían y que se complacía en abandonar sobre la mesa en completo desorden.

En momentos de melancolía comprendía que la cercanía de su vecina era nociva porque acentuaba su sensación de soledad. Se sorprendía frente al es-

pejo hablándole a ella, ensayando la forma de entrar en su mundo. Cuando tomaba conciencia de la irregularidad de esa situación, se espantaba ante la cercanía de la locura. Incluso estaba decidido a comprarse un perro para no pensar tanto en la vecina. Pero el destino se la puso enfrente cuando menos lo pensaba, buenos días le dijo, como si lo conociera de toda la vida y él sólo pudo responderle con un simple hola. Al día siguiente, un sábado, lo recordaba perfectamente, tocó a su puerta, pidiendo un destornillador. Por desgracia, él no acostumbraba a hacer obras en su casa. Sin embargo, tuvo la osadía de hacerla pasar, mientras buscaba entre sus herramientas. Satisfecho por el tiempo que había ganado, volvió fingiendo contrariedad, pero Lilith no lo escuchaba. Estaba en otro cuento mirando sus fotografías desperdigadas sobre la mesa de trabajo. De modo que eres fotógrafo, dijo a manera de conclusión. Mi única pasión es la pintura, respondió con voz apagada, sintiéndose cursi por la frase de melodrama tipo pintor en precaria situación económica debe venderse a una revista de medio pelo. Pero a Lilith le impresionaron tanto sus trabajos que se le olvidó el destornillador y él tuvo la ilusión de que se iba a quedar más tiempo a su lado. Cuando ella se levantó, se ofreció a resolverle sus problemas domésticos, instalación de lámparas, bibliotecas, enchufes, extensiones, todo lo relacionado con el hogar, palabras que le iba saliendo de la boca con una facilidad inusitada. De repente, se encontró en el apartamento de ella, en medio de gasas de color lila y cojines amarillos. Trató de arreglar el cable con un cuchillo, haz aña que casi le cuesta dos dedos, por lo que Lilith tuvo que ir a su casa por agua oxigenada y curas. La plancha de ella hizo cortocircuito. Según le explicó, no se llevaba bien con los aparatos eléctricos porque su energía los alteraba. Felipe no acababa de reponerse de lo que estaba sucediendo. El momento buscado había llegado cuando él no estaba preparado y no tenía un guión ensayado, pero le gustó, sobre todo cuando ella lo invitó a una cerveza en el bar de la plaza. Con ese aire de superioridad, Lilith le parecía aún más hermosa, o tal vez allí él tuvo más tiempo de contemplarla en un espacio neutral, así fuera de reojo, ya que no era capaz de sostenerle la mirada.

Al llegar a la casa volvió sobre su retrato, fue un placer precisar la línea de su boca, su nariz, la armonía perfecta de la frente. En cambio, nadie hubiera podido definir con tanta exactitud los rasgos de Felipe, detrás de esas gafas de culo de botella que no se decidía a reemplazar por pereza y por temor a que alguien pudiera leer en sus ojos sus secretos. Hubo un instante en que sospechó que ella se burlaba de su aspecto y huyó despavorido, antes de pedir la segunda cerveza. Pese al miedo, sintió que se estaba acercando al momento deseado y se repitió que era mejor posponerlo para no estropearlo.

Pensar en ella era un acto cotidiano, como cepillarse los dientes antes de irse a la cama, comer, ducharse o vestirse. Lilith se había metido en su carne pero seguía siendo esa mujer de los sueños, ya que la otra, la del tercero A no

llamaba a su puerta desde ese sábado. No necesitaba sentir sus pasos para verla descendiendo o ascendiendo por las escaleras como una aparición fantástica. Con más frecuencia de lo habitual, abandonaba su trabajo, se estiraba en el sillón y se deleitaba con su recuerdo, perfeccionado una y otra vez sus apariciones. A veces ella era una vampíresa envuelta en una capa de seda negra, con unos guantes hasta los codos y un antifaz de gata, que se acercaba hasta él arañándolo; a veces era una doncella de Hamilton, inmaculada, etérea y traslúcida, que bajaba del cielo igual que una enorme mariposa de alas blancas, invitándolo a volar sobre los picos nevados; y a veces también era una fulana envuelta en un vestido rojo que acentuaba sus redondas nalgas como una manzana gigantesca que todos querían morder. En realidad, la estaba vistiendo con los trajes de sus modelos, para ver en qué se diferenciaba de ellas. En sus visiones se atravesaba la maldita amiga de Lilith, que la llamaba en los momentos menos oportunos. La amiga suplicaba, moviéndola a la compasión y exigía como los tiranos; la amiga lo seducía con gestos felinos, invitándolo a cerrar el triángulo.

De no ser por las llamadas de su jefe, que lo apuraba con las fotos, Felipe se hubiera quedado en esa ensoñación sin límite de tiempo e intensidad. Mientras tuvo cierto control intentó destruir esos sueños, para no degenerar en un ser alienado, pero las visiones se fueron imponiendo sobre su realidad, de modo que la realidad era en realidad lo imaginado por él. Los taconeos de Lilith, como cascos de caballos, subiendo; esas esferas metálicas, golpeando la madera en su descenso, dejaron de ser importantes para él. Si, llegado un instante de despiste, se colaban la razón y el sentido común, Felipe volvía a sentir ese rencor profundo contra Lilith que lo condenaba a una vívida ausencia.

Pero después de un largo periodo de muerte, tras el cual Felipe ya había renunciado a la Lilith del tercero A, ésta volvió a perturbarlo con su cuerpo presente. Quería que la invitara a tomar un café; se le había dañado la cafetera, como si no existieran los bares, se dijo Felipe con furia. Pero le bastó con que se le acercara, le bastó percibir su aliento y divisar las venas debajo de su piel tan blanca, para disipar el odio y el rencor. Se sintió como un niño perdido que no encuentra a quien preguntar y sólo puede llorar. Ocultó sus emociones detrás de las gafas de culo de botella y respondió a sus preguntas pausadamente. Sus nervios se notaban sólo en el movimiento de sus manos y en que no encontraba las cosas. Se odiaba tanto por ello, que volvía de nuevo la rabia contra Lilith, a sus deseos de enamorarla a la manera de Teodoro y de abandonarla después, sólo por el placer de verla arrastrarse a sus pies.

En esa oportunidad ella estaba preocupada por su prueba en la escuela de Arte Dramático. Felipe se dijo malignamente que no valía la pena, si iba a acabar haciendo anuncios para la televisión, eso en caso de tener suerte. Lilith estaba tan angustiada que logró transmitirle sus sentimientos, despertando en él un desconocido impulso de protegerla, junto con la fantasía de que podría

guardarla sólo para él, en uno de los cajones de las fotos y mirarla, cada vez que sus ojos quisieran recorrer el misterio de su piel.

Al verla llorar, se acercó para besarla, pero ella lo rechazó, sin dar muestras de disgusto, como regañando a un niño, no pasa nada, tranquilo, sírveme el café, le dijo. No pudo evitar acordarse de Teodoro y reírse de sí mismo. Teodoro decía que no había que pensarlo dos veces, que había que lanzarse, venciendo todas las resistencias, actuar como un hombre duro. Pero en Felipe era más fuerte el miedo al rechazo que el placer del riesgo. Ese temor no lo dejaba acercarse a ninguna mujer. Lilith lo besó en la frente y se fue dándole las gracias por el café. Y él había quedado deshecho y tirado como un trapo de polvo, fuera de toda realidad, desbaratado por dentro y sin ganas de hacer fotos, ni siquiera de seguir con el retrato que la iba a inmortalizar.

Los celos vinieron después, cuando la vio salir con un tipo alto y flaco, con pinta de vividor. El hombre estaba alojado en su casa. Lo más probable, pensó, es que durmiesen juntos, cosa que le producía unos retorcijones en las tripas. Lilith llamó a su puerta con el famoso acompañante, un fantoche, le pareció a él, con su cadenita de oro. Ella quería que los invitara a un café. El tipo era un francés bastante desabrido, de ojillos azul pálido. Al lado de la bella Lilith se veía antiestético. Ella corrió a mostrarle las fotografías. Felipe fingió no comprender francés, para no tener que hablar con aquel tipo risueño, que se llamaba Henri y todo el tiempo decía *superbe*.

Los dos no sólo invadieron su casa y revolvieron sus fotografías, sino que lo sacaron y lo metieron en un restaurante donde se encontró cenando en su compañía. La cena fue inolvidable porque Felipe se situó en un lugar donde pudo observar sin ser visto, ya que la luz les daba en la cara y él, en la sombra, tenía un horizonte despejado. Fue destructivo y ácido; discutió sobre la fotografía con Henri que también era fotógrafo y los agredió tanto, que Lilith y Henri se fueron furiosos, sin despedirse y sin pagar la cuenta.

Felipe no alcanzó a imaginar de qué manera el rencor alcanzaba a unirlos. No había ocurrido prácticamente nada entre Lilith y él, pero se veía salir de un romance tortuoso entre un sádico y una masoquista. En apariencia las cosas seguían igual que siempre, salvo las visitas repentinas. Tal vez, ella se habrá comprado una cafetera, pensaba por las mañanas, mientras esperaba el café. Además ya había concluido el retrato y lo único que faltaba era retocarlo para que ella no quedara más hermosa de lo que era en realidad. Perfeccionar el retrato fue sólo una actividad más añadida a la rutina de entradas y salidas al cuarto oscuro, de recortar fotos en la guillotina y extenderlas para seleccionar las que enviaría a la revista. Por eso, cuando vio a aquella chica de falda negra y suéter rojo sentada en el rellano de la escalera, con un sombrero negro cubriéndole la mitad del rostro, su ser se mantuvo impenetrable.

Para él no era más que una extraña muy parecida a la Lilith de su retrato, de ningún modo tan viva y sugerente. No era la mujer a la que alguna vez pensó entregarle ese retrato. Tampoco la inspiradora del cuadro. Ella no habitaba en el cuerpo de esa extraña, sino dentro del suyo. De su ser había surgido ese retrato, como del agua las vulgares imágenes de aquellos cuerpos desconocidos. Entre él y aquella muchacha, que jamás se llamó Lilith, sólo quedaban flores muertas. Llamó el taxi, como se lo pidió, sin pensar que antes había estado unido a la imagen de una Lilith cruel por lo indiferente. Esa chica que no se llamaba Lilith bajaba con sus maletas. Se iba definitivamente del edificio y de su vida. Le dijo que viajaba a París, como si se fuera a morir a Roma, a China o donde quisiera, porque él no le preguntó por qué se iba.

La zona de sus sueños se quedó libre de nuevo, lista para recibir otra inquietilina menos ruidosa, aunque la del tercero A no se acabó de ir nunca. Volvió de repente por el resto de sus cosas. Le dejó la cafetera nueva y él, que tuvo más de una vez la oportunidad de darle su retrato, no se lo quiso entregar. La vio alejarse sin la imagen de ella, sin reproches ni súplicas. Al cerrar la puerta, volvió a mirar a la del retrato y decidió guardarla al lado de sus mejores fotografías. No quiso enmarcar el cuadro y colgarlo en el salón. Prefería ocultarlo a los ojos de los demás, tener el placer de contemplarlo en cualquier momento, pues de vez en cuando, abría aquel cajón, sólo para encontrarse con la dorada miel de sus ojos que aún lo perturbaban.

CARPE DIEM

Santiago Prada se llamaba y si el destino lo hubiera permitido, le habríamos visto atravesar aún las calles del Centro, entre sórdidas pensiones y billares de mala muerte, con los hombros encogidos, la mirada en el suelo y la incertidumbre entre las manos. Era uno más en esta ciudad estruendosa, habitada por delincuentes, asaltada por vendedores ambulantes, por estafadores, traidores y borrachos, entre quienes él debía buscar el camino de su fracaso a fuerza de esquivar sus asaltos, eludir sus tristes e inútiles mercancías y evitar sus miradas. Nadie lo veía y de haberlo visto aquella tarde, no se hubieran imaginado cuánto lo amé. Él pasaba por encima de todos, sin rozarlos, fluía como un río triste que debe atravesar alcantarillas y mezclarse con las aguas negras para llegar al mar. Llevaba la resignación sobre sus espaldas, con sobriedad y disimulo. Las personas como él pasan sin decir nada, pero dejan una huella, mezcla de inquietud y de pena, como un sentimiento que se siembra en el pecho y cuya raíz crece y crece, removiendo las tripas.

Podría decir tantas cosas de él, pero prefiero callar para no incurrir en imprecisiones. Miro esa vieja fotografía de los dos y siento que la culpa me revuelve la sangre. Es una foto donde vamos por la calle, él en su diario trasiego, como una mancha que estropea el paisaje. Es una foto de esas pequeñas, captadas al descuido, de las que te asaltan en el pasado como prueba inequívoca de lo fatal, una de esas imágenes que te jalen poderosamente y te obligan a recordar ese instante. Los mismos ojos tristes, su inconfundible postura ante la vida. Una mirada intensa que te atraviesa en el tiempo y te remueve la herida. De esa fotografía trato de arrancarlo y atraerlo hacia mí para revivir la noción de su cercanía.

En el momento de la fotografía, yo no sabía, no podía sospechar lo que sucedería. Cómo iba a saber que la vida no es más que un cúmulo de recuerdos, de instantes fugaces. Fue tan corto, que de no ser por la foto, creería que mis recuerdos me traicionan, que jamás conocí a un hombre al que amé con la tenacidad de un aguijón que se clava en la carne y te altera el curso de la sangre.

La primera noche que lo vi llevaba una boina a cuadros y mascaba una pipa con desgana sin mirar a nadie. Me senté frente a él en la mesa de aquel café, que empecé a visitar para desafiar a quienes me habían dicho que no era un lugar adecuado para mujeres como yo. ¿Quién podía saber lo que era apropiado para mí, si yo misma no lo tenía claro? Pedí un tinto y encendí un cigarrillo. Él continuó con la mirada fija en la mesa, pero me sentí penetrada por esos ojos que aún no me habían visto. Después los vi entreabrirse y hablarme desde la taza de café. Consumí el cigarrillo con ansiedad y lo estrujé a la mitad porque

su cercanía había removido mi ser. Tuve que sacar otro para poder sostener esa humanidad a punto de desplomarse. Su café se enfriaba, me dijo, en el instante en que me acercaba el fuego. Me pareció que lo conocía desde siempre. La tarde está un poco húmeda, continuó. Sí, me temo que sí, respondí.

Al entrar en contacto nuestras energías ocultas, éramos como una pareja que ha vivido tanto tiempo, que se reconoce en el sonido del otro, porque ya no es tan fácil establecer la diferencia entre lo que dice él y lo que dice ella. Un café tras otro, unos cuantos cigarrillos... La noche estaba quieta y la luna nos miraba desde la ventana. Caminamos al abrigo del frío, evadiendo a los apresurados transeúntes, sintiéndonos ya fuera del paisaje, mirando los asaderos de pollo y los cafés, como si fuéramos extranjeros. Él pronunció mi nombre, Marta. Ni siquiera me sorprendí al escuchar mi nombre como deslizándose de sus labios. Ni siquiera me sorprendí al pronunciar su nombre, Santiago.

Caminamos por la siniestra avenida, observando a las gentes que solícitas improvisaban la parrilla donde asaban arepas para los hambrientos empleados, cuyas vidas se reducían a una apresurada tentativa por montarse en el primer bus. Seguimos hacia el sur, esquivando a los asaltantes y a los matones, atentos al menor descuido para arrancarnos la esperanza, confiando en que nuestra oportunidad estaba en otro mundo. Él guardaba una mano en el bolsillo de su abrigo y con la otra sostenía la pipa, aferrándose a algo firme y sin alma, sacando con esfuerzo el calor de su cuerpo. Yo apretaba los libros con mis brazos, protegiéndome del abandono, pensando en lo que sentiría al abrazar su cuerpo.

Es tan fuerte la sensación de los dos aferrados a nosotros mismos y es tan cruel la nostalgia de lo que pudo haber sido, que a veces me torturo buscando el placer en esa fotografía de los dos. Hago que salgamos de allí, que nos abracemos hasta fundirnos y desaparecer como un disparo de Neón. Cuando recorro esa misma calle, su fantasma camina a mi lado en la misma postura, huyendo de mí, eludiendo mi calor. La foto me trae la memoria de una historia tan antigua como la creación. Callo... me calla. Todo está escrito en sus hombros caídos. No vinieron más noches y esa fue la única luna que nos miró. Nunca supe lo que hacía ni lo que quería. De mí sabía todavía menos. Sólo sentía que huía de un fantasma que me perseguía y me impedía ver lo que deseaba. Quería amar a un hombre hasta entregarle mi ser y atravesar su naturaleza, contaminándolo de todo lo bueno y lo malo de mí, inyectándole el virus de la melancolía, para fortalecerlo con su sangre. Mis labios ahora lo reducen a un poema soñado que no pudo ser, que se quedó en el deseo de alguien bajo la forma de una carencia.

Después de aquel sacudimiento interior volví a mi oscura morada. Dejé los libros en el piso y me senté al lado de la cama, tratando de poner en orden mis ideas. Sólo pude retener fragmentos, la calle, el cine... Fue en el cine donde nos tomamos de la mano y en silencio nos buscamos en medio de la penumbra.

Luego fuimos a la habitación donde vivía. Escuchamos a Serrat mientras consumíamos con serenidad su picadura de pipa y mis cigarros. A la luz de la velas puede ver el brillo intenso de sus ojos color café que me miraban desde el otro lado de mí. Me atrajo hacia él en silencio, como si temiera estropear el ritual con las necias palabras. Yo en cambio tenía tanto para expresar y tanta dificultad para poner nombre a un sentimiento y conseguir que naciera de mí. Mis sentimientos eran seres sin forma empujándose unos a otros dentro del pecho, con una rivalidad entre ellos que me avergonzaba y eran tan violentos que me atormentaban con sus punzadas, como ahora que por fin he encontrado un nombre para designar ese instante.

Él preparó otro café y me cubrió con una manta. No tenía ningún tipo de calefacción y la temperatura seguía bajando. Cuando lo vi alejarse me estremecí de frío y de miedo al pensar que no regresaría. ¿Ginebra o Whisky? No bebo, le dije. Entonces yo tampoco beberé esta noche, me dijo, pero se veía que estaba haciendo un esfuerzo inhumano por controlar la ansiedad.

Recorrí la habitación a pedazos, tratando de descubrir sus secretos, intentando hacerme a una idea de quién era en la realidad. Ni un documento, ni una foto familiar, nada que me permitiera vincularlo a algo o a alguien. Me miró con reproche y arrancó la cédula de la billetera: Santiago Prada, se llamaba. Aturdida clavé la mirada en el piso, odiándome por romper la armonía de un encuentro con las malditas dudas, como si la naturaleza hubiera inoculado dentro de mí la sucia sospecha para impedirme amar con la entrega y el abandono que tanto anhelaba. Quise decir algo, pero mi boca no respondió. Al cabo de un rato la habitación se fue calentado y volvimos a sintonizar.

Fue él quien me inyectó aquella noche el virus de la melancolía, la voluptuosidad del fracaso y la convicción de que el horizonte del deseo es un espejismo. Es allí donde mi memoria lo instala, aunque trate de encontrarlo en este café al que he vuelto infinidad de veces tras su desaparición. Soporto con estoicismo las miradas curiosas y burlonas de las criaturas que lo frecuentan. Vengo con un libro que entrebro con desgano. Enciendo uno, dos, cigarrillos y pido tantos cafés que me enferman. Realmente trato de dibujar los ojos de Santiago Prada dentro de la misma taza de café.

YO NO LA MATÉ

Esa chica mató a sus amigos y se fue. Nadie volvió a saber de ella. Su historia empieza con ese estampido mortal. Uno tiene que matar a alguien para poder ser. Después de matarlos, se fue a buscar una fuente de agua porque tenía mucha sed. Matar a alguien da sed, tanta sed que se seca la sangre y la persona corre el peligro de convertirse en una momia. No es para menos. La ley de dios dice, no matar, y ella faltó a la ley. El calor se le sube a la cabeza y por dentro es como si ella fuera una llama viva. Ella es un hormiguero alborotado que quiere salir a beber agua para salvarse. Sus hormigas se asemejan a los sentimientos que la atormentan, que están ahí sofocados y no quieren vivir dentro de ella, pero se quedan hurgando en la entraña.

Su cuerpo pesa tanto que ya no podrá volar como en los sueños. Sin embargo, ella respira tranquila pensando que al menos en su inconformidad su ser es verdadero. Al caminar va dibujando tortuosamente la palabra libertad. La más amada de todas las palabras que ha llegado a comprender. Fue el primer significado que atrapó y lo guardó como un tesoro desde que tuvo uso de razón. La palabra huyó hacia las nubes y arriba, en el cielo plomizo, vio una inmensa boca que se abría para tragársela. Luchó contra esa fuerza que la chupaba hacia aquellas profundidades.

Ella trató de alcanzarla y se fue estirando como un plástico, extendiéndose hasta el infinito, con una pierna en la Tierra y la otra en Marte. Era muy extraño lo que sentía por culpa de ese deseo de huir. El remordimiento por las cosas que no se hacen es igual que por las que se hacen. Después de matar lo único que le queda a una persona es perderse y ella estaba luchando contra ese destino. Su cuerpo se estiraba y se encogía y el espacio no obedecía a las leyes físicas. Los puntos dispersos, por alejados que estuvieran, se juntaban en su cuerpo, como si ella misma fuera el universo. Las paralelas, de repente se cruzaban y su capacidad de estirarse era inversamente proporcional a su deseo de despegar.

En el espacio no sólo había puntos. También había vacíos. Esos puntos abarcaban el vacío, haciendo una masa, cobrando una forma. Ella vio, como en el nacimiento de un mundo, el surgimiento de las formas, como letras en fila, unas tras otras dibujando palabras. En el espacio se desplazaban siluetas empujadas por una fuerza invisible que algunos llamaban voluntad o soplo divino. Ella rodeaba el cosmos con sus brazos, como si fuera dios. Pero tuvo la sospecha de no ser ni siquiera humana cuando descubrió que estaba hecha de un material plástico maleable e irrompible, que a veces era transparente y dejaba traslucir las imágenes superpuestas. Ella era un cuadro con imágenes super-

puestas convertidas en un todo, pero diferenciables. No había distancias porque lo lejos estaba cerca, lo cercano inaccesible y la conciencia poderosa hacía lo que quería con las leyes descubiertas por los sabios.

Esa chica mató a sus amigos y se fue para siempre. Desde entonces nadie volvió a saber de ella. Pero ella siempre supo de nosotros. Ella rompió los lazos, libre como había soñado ser, y empezó a deambular por lugares irreales para los demás, pero vívidos para ella. En su mundo habitaban los fantasmas de sus amigos muertos. Hombres que alguna vez se habían creído sus dueños, sólo por haberla amado. Convertidos en fantasmas la miraban con dolor, cubiertos con su sábana blanca que es el auténtico traje de fantasma. Desde los rotos de las sábanas se adivinaban las cuencas de los ojos muertos.

Ella era libre, pero nada podía hacer contra la oscuridad que salía de esas cuencas de ojos que alguna vez miraron su cuerpo. No sabía lo que era el miedo hasta que comprendió que tendría que vivir para siempre con esas cuencas sobre su cuerpo. El miedo no tenía rostro al principio, pero luego adoptaba los rasgos de los amigos que ella había matado para ser alguien. Cualquiera era ella y ella todos los alguien. Es decir, no era nadie, porque alguien era el vacío que tanto temía. Descubrir eso, le producía escalofríos de terror, deseos de seguir matando para ser sustancia.

Los fantasmas eran huecos inmensos que se abrían para tragársela y no la dejaban desprenderse de la Tierra. No había adelante para ella, sino atrás, un atrás que la chupaba, obligándola a ser de plástico para no romperse. Ella avanzaba por calles que se cerraban, formando una cárcel. Ella luchaba con su cuerpo contra la tempestad de un mundo imposible de atrapar con su incesante movimiento. Ella ni siquiera tenía un lugar donde fijar su morada y por eso tenía que vagar, trazando signos en el aire, signos que la más leve brisa desbarataba.

Para el resto de la gente, aquella chica mató a sus amigos y se fue para siempre. Nadie sabía nada de ella, pero ella sí lo sabía todo de todos y eso le hacía sufrir. Era difícil olvidar a aquella chica arrogante que se complacía en hacerle desplantes a los hombres y se negaba a confiar en una amiga. Para el común de la gente, para los que no la vieron, ella desapareció. Nadie sabe que va por ahí, dejando una mirada incierta en los corazones y un vacío en el pecho de los hombres que la desean. Su mirada se queda en la tela del cuadro como una mancha rebelde. Pero su existencia es necesaria, ya que en toda historia hace falta una persona rebelde. En este cuento hay una chica rara que mata a sus amigos y emprende la huida. Ella no puede escapar y por eso el mundo se convulsiona y ya no quiere obedecer a las leyes de la física. El mundo se rebela porque ella se rebela.

Es necesario que exista alguien para que ejecute lo que todo el mundo dice que no esperaba que sucediera, pero que en el fondo deseaba, como la trag e-

día o el dolor. Ella mató a sus amigos porque mentían al decir que amaban y no eran capaces de reconocerlo. Los mató sólo porque la engañaban y no se rendían ante la evidencia de sus pruebas. Yo creo que esta chica los quería, pero le dolía el engaño. Era tan insoportable el dolor que tenía que eliminarlo.

Ella quiso a sus amigos porque los necesitaba, pero se dio cuenta que no la dejaban ser. Tuvo que elegir. El cuento no es especial sólo porque haya un disparo. Un disparo es un hecho normal en estos y en otros tiempos. Lo que estorba debe desaparecer. La muerte es un tema que preocupa a los humanos de ayer, de hoy y de siempre, pero da lo mismo que les preocupe o no, ya que siempre hay alguien dispuesto a matar al enemigo, al semejante, al débil, al verdugo, al ladrón. No hay diferencia cuando se siente el impulso de matar. En este cuento no sabemos donde está la chica, pero ella sí sabe dónde estamos. Ella va caminando por una calle larga y estrecha en un lugar impreciso, la vemos perderse y desaparecer.

Ella dobla por una esquina, dejándonos en una insoportable ignorancia, sufriendo el tormento de no saber dónde está esa esquina, sobre todo porque nos parece haber estado en aquel lugar alguna vez. Lo que mortifica es no poder distinguir entre la realidad y los sueños. La esquina y la calle se ven, pero la ciudad se pierde, como si una calle pudiera existir sin una ciudad y una esquina sin una casa.

Ahora yo le sigo los pasos a la chica. De palabra en palabra, me acerco a ella, porque quiero tocarle los hombros y hacer que se vuelva para mirarme. Esa es la calle donde la vida se estira como un plástico y sólo nos queda imaginar sin cesar para no desaparecer con ella. Los que están muertos, no pueden levantarse. Ella se hace fuerte en su soledad. Quiero ser una **U** que se abre, quiero ser una **O** que se cierra. Toco el hombro de aquella chica y logro que se vuelva para mirarme, pero algo muy extraño sucede: no puedo ver su rostro. Dos inmensos ojos atraviesan los míos y los queman como hierro candente, sumiéndome en la oscuridad, pero dentro de la oscuridad una luz, que se enciende automáticamente, me guía.

En la oscuridad ella y yo tratamos de saber quienes somos: sus ojos fulminantes y los míos quemados tropiezan. Parece que ella intenta salirse de la página. La hoja se levanta sin que mis manos puedan impedirlo. Debo aceptar que ella es más fuerte que yo, que lo sensato es no oponer resistencia. Yo misma empiezo a estirarme como un plástico. Quiero quedarme quieta para conservar mi forma, pero no puedo, he perdido la voluntad y ella me domina. Mis manos se agigantan tratando de tocarla. Las hojas se escapan por la ventana. Las letras desprendidas de las páginas bailan en la habitación.

Es sólo un cuento, me digo, pero está sucediendo, lo de las letras bailando alrededor de mi cabeza, lo de los puntos que se juntan y las palabras que desaparecen. Mañana tengo que levantarme temprano para ir al dentista, antes

de ir al periódico, tengo que hacerlo antes de que la caries alcance el nervio y me haga gritar de dolor. Estoy irremediamente sola en la habitación, sin poder recuperar la visión de lo externo. Lo único real para mí es el marco de la ventana y el palpitante avance de la caries horadando la muela. Llego hasta la ventana, aunque en realidad es la ventana la que se acerca, pero no quiero dramatizar los hechos. Trato de luchar contra la irrealidad impuesta por ella. No me atrevo a abrir la ventana por temor a ver mi mano tocando la luna. Pero la luna y las estrellas chocan contra mi ventana. Se me ocurre cerrarme como una **O** para no estirarme. Vuelvo a mi posición fetal, las manos aferradas a las puntas de los dedos los pies. Me niego a escribir porque hacerlo me produce un dolor tan insoportable como el de la caries, acercándose al nervio para chuparme los sesos.

No puedo recordar los detalles. Sé que encima de mis ojos hay una ventana y que me encuentro sobre la blanda superficie de la tierra. Me hundo y me elevo como llevada por una corriente tibia. Pero no estoy en un río porque no hay agua. Es de noche y me aterra no volver a ver el día. Trato de recordar el cuento. Sé que me falta la segunda parte del cuento, pero no puedo recordarlo, si ella no me ayuda. Sé que vengo de atrás y que me he quedado atrapada en un edificio como un ladrillo en un muro. Hay muros, casas con ventanas y puertas, calles y ciudades. Todo se va armando desde la más impecable y sólida geometría. Tengo la extraña sensación de que el tiempo transcurre, aunque ahora esté detenido. Las gotas de lluvia se deslizan por la ventana. Grandes goterones sa-lpican mis ojos y me dan la ilusión de estar viva.

En la ventana se fijan unos ojos muy parecidos a los míos, que quieren decirme algo, tal vez me estén dando las claves del cuento; o tal vez quieran atravesar los míos con sus rayos fulminantes; quizás prefieran matarme. Es posible que ella venga a matarme, igual que a sus amigos. Seguro que ella viene a matarme porque sabe que soy la única que conoce su secreto y un asesino debe matar a los testigos. Creo que el cuento tiene que ver con eso. Trato de romper las páginas antes de llegar al final. Pero en el fondo quiero saber lo que ella va a hacer conmigo.

Entonces, vuelvo a recoger las páginas dispersas. Pienso en mi muerte con pánico y un sudor frío recorre mi cuerpo. Empiezo a rasgar cuidadosamente las hojas, indiferente a sus lamentos. Voy a la cocina y traigo los fósforos. No es suficiente con rasgar el papel, ya que los trozos se las arreglan para unirse y las letras pueden juntarse.

Después de la agotadora batalla con ella, sólo queda a mis pies un montón de cenizas. Las pisoteo y disperso con furia y dolor en las manos, en los pies, y en el alma, como si me lo hiciera a mí. Su culpa asciende en forma de humo y atraviesa mis venas para instalarse en la médula, para recordarme que, aunque la he matado, no podré librarme de ella.

EMMA

La noche es eterna para los que no duermen, para los que en soledad tejen y destejen una historia anclada en el pasado. Un cigarrillo tras otro en un espíritu que no sabe lo que quiere, pero lo desea todo. La vida pesa en el ser que fuma con desesperación, creyendo ascender con el humo hasta el espacio de los sueños. El humo traza los signos de la angustia y deja huellas indelebles en la mente. La música suena para acallar las voces, los reproches de tantas gargantas quemadas por el odio. La música sirve también para aturdir la propia voz y hacer que no se piensa. Sobre la cabeza las cosas alrededor danzan como asteroides en la inmensidad del firmamento, sin dejarse atrapar. Muchas tazas de café son consumidas con la desesperación del que ha visto la cara de la muerte asomarse a la puerta de su casa, decidida, burlona.

Emma, ahí estás, lo contrario de lo que querías ser, sentada, sin hacer nada, queriendo alcanzar el cielo con las manos, sin esa escalera que te lleve a las alturas, sin la palanca que te impulse y te coloque a la diestra de los dioses todopoderosos, sin las cartas de presentación que te abran las puertas del palacio del rey burgués, sin un pasado que te avale, sin un símbolo que te represente. Como el humilde arroyo, nacido de un oscuro ojo de agua, apareciste de repente y el mundo, sorprendido por tu arrogancia, trató en vano de encontrar una corriente subterránea que te vinculara a un río de sangres de vieja y noble cepa, pero no encontró nada.

Bajo su mirada cruel ahora estás hundida, en el fango, revolviéndote en tu miseria, peleando contra ese mundo que escupe sobre tu orgullo y exige de ti humildad y sumisión. Tú que estás ahora de vuelta de las cosas, que vuelves a tu humilde morada, ya habías recorrido selvas y países misteriosos, ya habías descubierto tesoros inimaginables. Tú, que te quejabas de tu falta de experiencia, ya habías sentido el vértigo del peligro, el placer y el miedo de perderte en una montaña donde los árboles y los animales acechaban. Sabías de la intensidad, del impulso, de la carrera y la fatiga, corrías con desesperación hacia el abismo y cerrabas los ojos antes de caer en el vacío. Desde lo alto contemplabas uno a uno los techos de las casas, entre los cuales distinguías el campanario y pensabas en la iglesia y escuchabas las cadenas de las almas en pena, pensado con morbosa curiosidad en su sufrimiento y desafiando a las fuerzas ocultas a atravesar contigo la zona oscura del alma. Escuchabas las quejas de las almas en la frontera entre la vida y la muerte, padeciendo por no tener una segunda oportunidad, por no poder vivir una existencia nueva para reparar su falta.

Desde lo alto contemplabas la dignísima sobriedad de los cipreses silenciosos; abajo te detenías frente al cementerio y llamabas a los muertos con irrespetuosa insistencia, aún sabiendo que en la noche se iban a vengar de ti.

Querías imaginar el nauseabundo cuadro de la descomposición, tratando de aferrarte a un cuerpo, pero estabas sola. Para consolarte de tu soledad, recogías flores silvestres y formabas un ramo que luego pisoteabas con desdén. ¿A quién iba a importarle conocer el fondo de tu ser?, ¿quién iba a fijarse en una humilde muchacha que se atrevía a caminar en tierras ajenas, que arrancaba las flores de los otros con rabia, desafiando las normas e invitándolos a abofetearla? Pero te afianzabas frente al espejo, ensayando una y mil posturas ante la adversidad.

Tú, siempre querías perderte para tener una historia enterrada en tu secreto jardín. Cogías frutos extraños en el monte y los probabas todos, por ver si al fin te atragantabas con el veneno y te ponías en peligro, ¿de qué otra manera iba a sacudirse tu cuerpo encerrado en la cárcel de una educación perversa que te impedía hablar con la otra?, ¿cómo iba a aplacarse la muda que habitaba la entraña y te hacía daño, tratando de liberarse?

Emma, querías nadar, pero necesitabas pie, una base para cobrar impu lso. Por eso dudabas en la orilla antes de atravesar el río. Debías conformarte con la sensación del agua fría, como un latigazo, azotando la carne, empujando tu sangre y llenando de mariposas blancas tu cerebro. La carne, siempre la carne, todo ocurriendo en tu cuerpo, tu cuerpo escupiendo la rabia, el odio y tragando, tragando la saliva, la fruta podrida, la leche agria de los pechos. Tu cuerpo, tu tesoro, en el agua desnudo, soñándose alga marina. Pero tenías miedo de que una mirada se atreviera a explorar los secretos de tu cuerpo y te sonrojaste al sentir unos ojos sobre tu piel, quemándola, atravesándola con curiosidad. Huiste de esos ojos que no te amaban; caíste perdiendo el equilibrio en la carrera, luego te levantaste, soportando la humillación, la risa de los muchachos, tirando piedras al río, como si tu destino maldito fuera siempre correr, caer y levantarte. Tú sólo querías vivir en el agua como las algas, ver cómo tu pelo iba y venía, tus manos se agigantaban y tus piernas se separaban sin reserva. Vivir en la materia líquida, pertenecerle al agua, querías, mientras cerrabas los ojos desafiando a la enemiga. Emma, estás ahí, en la madrugada con un libro al revés, arrugando la última hoja de tu historia y arrojándola a la papelera.

La noche es el infierno de los vivos; el día, el purgatorio de los muertos. Tus días y tus noches se pierden entre la multitud y te lanzas a la boca de las calles, sin pensar en el peligro, tus días son como la piedra de Sísifo, pesados, monótonos y puntuales. Tú desapareces en las fauces de los andenes que te arrastran hasta un edificio de mirada fría. Tú dudas, no entiendes lo que te pasa, pero violentas tu naturaleza y avanzas. Tú piensas que no tienes por qué subirte al ascensor como un bulto que te va a tirar en un piso cualquiera, tú piensas que vales más que los amos que te vendieron tan barata, que un día les vas a decir lo que sientes, pero te aguantas, siempre te aguantas porque una bomba de presión te sostiene de atrás y te coloca frente a los otros, igual que a un mamarracho de feria. Ahí estás Emma con los empleados que se alimentan del aburrir

miento que genera su maquinaria, ahí estás con los que esperan el domingo para compensar con el sueño la falta de vida, con los que se ponen alrededor de una mesa y nunca llegan a mirarse, ahí estás con los que no hablan porque perdieron su voz.

Emma, traes la memoria de tu soledad y ahora entiendes que en el fondo la quieres, que nadie tiene la culpa de tu aislamiento, que tal vez todo se deba a tu predilección por las muñecas, a las que les enseñabas el lenguaje de los animales y les contabas cuentos tristes para llorar con ellas. Entiendes que te ganaste la soledad a pulso, prescindiendo de la respuesta de los otros, conformárodote con la del espejo. Sabes que los deseos se han vuelto en tu contra, que tantas cosas juntas no podían ser. Querías vivir en la selva entre los indígenas, conocer sus costumbres, entender su mundo para explicarte el propio. Pero el mundo te arrebató ese sueño para regalárselo a alguien que no lo deseaba con tanto ahínco como tú y eso no lo podrás olvidar jamás. ¿Cómo podías querer eso, tú, una muchacha vulgar? No, tú no podía ser eso, te dijeron, los que trajeron para tí un futuro a plazos y con intereses. Y no pudiste serlo, no porque, aturdida, perdiste la dirección de tu deseo. Pero la frustración se te clavó en el alma y te borró la sonrisa para siempre. Aún así, persistió en tí la idea de la fuga, aunque desde la ciudad intentaras otras formas de felicidad modestamente humanas, como el cine con los amigos y las largas caminatas entre vitrinas y portones inaccesibles a los que les arrancabas cuentos de terror.

Por la noche traías los ruidos de la selva hasta tu habitación, escuchabas el rumor de los ríos y el canto desesperado de los pájaros; así la noción del desorden de los sentidos se instalaba en tu cuerpo. Emma aspirabas a la pérdida de la conciencia, a la transformación de tu materia, a la posibilidad de ser en otra dimensión. Pero ese deseo se ha desvanecido y sólo se asoma en el reino de los sueños. Ahora no sabes lo que quieres en su ahora ni en su aquí. Te parece que quieres escribir lo que quisiste ser y no pudiste, pero tienes miedo de la soledad y del sufrimiento, de tu palabra indecisa, temes

que sólo te guste que te guste escribir, ya no confías en la consistencia del deseo.

Emma, no dejas de fumar, como un ente empujas el humo por tus fosas nasales y dejas escapar unas cuantas lágrimas que aclaran la turbia materia del odio que te ahoga, contra la que luchas con la fuerza de tus sangres, con el peso de las voces que fijaron los rasgos de tu cara y te lapidaron con tanto y tan inútil orgullo. Te levantas con el gorro encarnado, como si representaras el papel de la libertad y guiaras a una grosera multitud sedienta de sangre. En tu mente ya no caben las historias, pero las tragedias salen como círculos de humo. Preferirías volver a nacer bajo otro cielo y no salir del agua, saberte anémona o caracola que guarda los sonidos del mar.

Lo que te duele es no amar y esperar que te amen, sentir que es trivial lo más humano e importante lo que no se puede tener. Tienes frío, pero quieres castigarte por no saber cómo amar y obligarte a esperar lo inesperado, a soñar con un amante.

Emma, podías ser tantas cosas y no fuiste, porque te empeñaste a ser a ausencia. Te quedaste mirando a esa muchacha rota debajo de las ruedas del carro y odiaste a toda la gente que se puso a su alrededor como si quisieran tragársela con la mirada. Te viste en ella y sentiste un dolor muy intenso por su vida. No pudiste alcanzarla cuando se lanzó al camión huyendo de los gaminos que iban detrás de su bolso. La policía vino a organizar el espectáculo, empujando a la gente, separando una zona con un cordón y dibujando su silueta en el asfalto. Cuando se la llevaron ella aún se revolcaba en el suelo, queriendo pronunciar una palabra que se deshacía con su materia. Emma, empezaste a faltar al trabajo, sabiendo que parar significaba la muerte, el abandono, el deterioro.

Una noche después de consumir tres cajetillas de cigarrillos, te armaste de valor e igual que esa muchacha emprendiste la carrera hacia la zona oscura del alma que conjurabas, sin saber que en tu aquí y en tu ahora, en otro cuarto, alguien te esperaba, alguien que esperó mucho tiempo tu llegada repitiendo tu nombre con dolor y que te sigue llamando como el alma de un condenado que persigue la huella de su cuerpo.

*** Consuelo Triviño**, Bogotá, Colombia, 1956.

Narradora y ensayista colombiana. Es doctora en Filología Románica por la Universidad Complutense de Madrid. Reside en España donde ha ejercido la crítica literaria en revistas prestigiosas como *Cuadernos Hispanoamericanos* y *Quimera*. Asimismo ha sido profesora de Literatura Hispanoamericana en Universidades de España y Colombia. Actualmente trabaja en el Centro Virtual Cervantes.